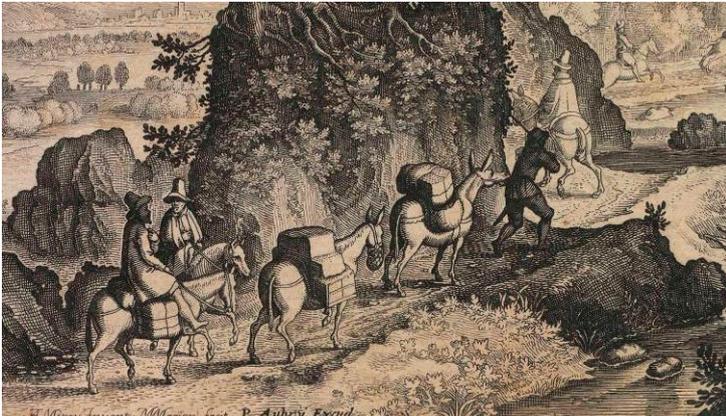


UNA HISTORIA DE ARRIEROS, SIGÜENZA, 1809



Juan Luis López Alonso

Se llamaban arrieros a los que conducían bestias de carga, y trajinaban de un lugar a otro. El animal preferido por ellos era la mula. Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos, dice el amenazante refrán. Los volvemos a encontrar. Ya los vimos en las páginas de esta revista transportando sal (nº 50, junio

de 2013), o en una pelea que tuvieron con un grupo de carreteros (nº 51, julio-agosto de 2013). En este caso los arrieros no son de Atienza ni de Sigüenza, son de Álava, y van de paso.

Los viajes de arriería duraban de 30 a 60 días, dependiendo del destino. La lejanía del hogar suponía una dureza añadida, que hoy difícilmente podemos imaginar. Para mitigar la soledad del viaje, como va dicho, procuraban ir en grupos familiares, del mismo pueblo, o de los pueblos circunvecinos. Las posadas del camino servían para el alojamiento de hombres, animales y cargas. Traemos a la consideración del curioso lector un caso que les sucedió a unos arrieros.



Caspar Adriaansz van Wittel (Vanvitelli): *Piazza Navona* (detalle), 1699. Colección Carmen Thyssen-Bornemisza. (Museo Thyssen-Bornemisza).